

improvisado su solución. Propuso que el papa contentara á todo el mundo, que fuese á París para coronar á Napoleón III, y luego á Viena para coronar á Francisco José. «El viaje á Francia, añadió, matará los restos del galicanismo, y el viaje á Viena será para el protestantismo un golpe mortal.» Así hablaba el Sr. de Segur, sin tener en cuenta que aun las ceremonias más augustas pierden su prestigio al multiplicarse, y que el papa, convertido en distribuidor universal de las santas unciones, descendería del rango de jefe de la Iglesia al de capellán mayor de los reyes. Por natural que fuese la objeción, Pío IX no la formuló. Por el contrario, le encantó aquel lenguaje. «Pues bien, iremos, dijo animado. Pero, si el emperador quiere que yo vaya á Francia, es preciso que me abra la puerta. Que revoque toda disposición, todo decreto contra el Concordato. Dejaré transcurrir tres meses para evitar al arreglo las apariencias de un negocio. Y luego, en marcha. *E poi in carrozza* (1).»

Faltábale al negociador dar cuenta á su soberano del resultado de su embajada. No dejó de hacerlo, é insistió sobre todo en la abolición necesaria y previa de los Artículos orgánicos. Dos meses después, como las vacaciones del tribunal de la Rota le permitieron volver á París, el Sr. de Segur vió al emperador y le encontró poseído de los mismos sentimientos: vivísimos deseos de ser coronado; justa y amplia benevolencia por los intereses religiosos; repugnancia casi invencible por todo acto abiertamente contrarrevolucionario ó tachado de reacción. En su celo para vencer los obstáculos, el confidente del soberano se aventuró á proponer que la coronación se efectuase en Roma, aduciendo como argumento el gran ejemplo de Carlomagno. Napoleón le detuvo con una de esas confesiones que se le escapaban de vez en cuando y que ofrecían una mezcla singular de simplicidad é ironía. «¡La consagración en Roma! ya se me ocurrió; pero en mi juventud llevé allí una vida muy poco edificante para poder presentarme ante los romanos en el piadoso aparato de tan augusta ceremonia, sin provocar maliciosos comentarios.» Los temores de Napoleón no carecían de fundamento. En el Vaticano hubiera podido distinguir más de una cara conocida al través de la máscara de los años. Uno de los miembros del Sacro Colegio, el cardenal Ferretti, ¿no era aquel mismo gobernador de Espoleto, cuya ciudad sitió Luis Napoleón cuando en 1832, de acuerdo con su hermano, invadió los Estados pontificios?

Es raro que en las negociaciones humanas los aplazamientos excesivos no equivalgan á un fracaso. Durante todo el año de 1854 las gestiones continuaron, pero siempre dentro del mismo círculo y cada vez menos activas. Por una y otra parte los testimonios de buena voluntad eran sinceros: en Roma elogiaban mucho la firmeza de Napoleón III en la cuestión de los Santos Lugares; se aprobaba el celo del gobierno imperial en organizar el servicio del clero castrense en previsión de la guerra de Oriente: en París el emperador no apreciaba menos el buen espíritu y la abnegación del clero. Pero, cada vez que se trataba de venir á un arreglo, surgían los obstáculos. En el Vaticano había

(1) Marqués de Segur, *Souvenirs et récits d'un 42e*, tomo I, páginas 195-196.

el temor á Austria, el odio á los Artículos orgánicos no abolidos, las repugnancias del Sacro Colegio: en las Tuilerías había, como lo manifestaba monseñor de Bonnechose en su carta á Pío IX (2), el temor á los legistas y la oposición del antiguo galicanismo. Es de creer también que al monarca francés, que hacía ya dos años que ocupaba el trono, le pareciese un poco tardía la ceremonia; quizá también Napoleón III esperaba que las victorias de Crimea afirmarían bastante su corona, y que esta consagración haría menos necesaria la otra. En esto el Sr. de Segur perdió la vista, y poco tiempo después salió de Roma. Con él desapareció el intermedio piadoso y lleno de abnegación que, en los años siguientes, hubiera podido mantener la alianza ó reparar sus quebrantos. Después de haber estado á punto de reunirse y confundirse en un acto de solemne unión, el papa y el emperador se distanciaron algo uno de otro: marcharán largo tiempo por vías paralelas, dándose de vez en cuando mutuas muestras de simpatía; luego, á pesar de la protección oficial continuada, se consumará la separación moral, de tal modo que Pío IX y Napoleón no tendrán para la historia más que un solo punto de semejanza, la magnitud de las vicisitudes por que pasó el pontificado del uno y que marcaron con un sello tan trágico los últimos años del otro.

V

Aquellas negociaciones no fueron divulgadas. Pero, de ser conocidas, los católicos no hubieran fijado mucho la atención en ellas, pues atravesaban una penosa crisis interior que turbó durante mucho tiempo las mejores almas, dejó en las costumbres amargos resentimientos y no se apaciguó sino con la desaparición de los principales actores.

Durante el régimen de Julio, para sostener los intereses de la Iglesia, creóse un periódico titulado *El Universo*. Después de algunos años de una existencia más precaria que brillante, *El Universo* salió del limbo para hacerse famoso, gracias á la realización del deseo de sus propietarios de ver al frente del periódico un publicista enérgico y batallador que llamase grandemente la atención pública. Pero la alegría de los años fué temperada en seguida por la sorpresa, las inquietudes y los presentimientos. Habían encontrado el hombre «enérgico y batallador» que buscaban, pero resultaba que lo era en demasía.

Luis Veillot, que así se llamaba, no procedía en su origen del partido que había de ilustrar y trastornar á la vez. Su juventud, empleada en oscuros trabajos del periodismo ministerial, había transcurrido, no en la irreligión, pero sí en la indiferencia. En su viaje que hizo á Roma fué impresionado en el alma por las grandezas católicas. «Cada vez me acerco más, escribía, al que suple á todo y de todo consueta (3).» Estas piadosas palabras dejaban adivinar una conversión próxima. Esta fué tan completa como pronta. El joven publicista regresó á París resuelto á consagrar á Dios todas sus fuerzas, su talento, su porvenir, su vida entera. Y se las con-

(2) Carta de 4 de enero de 1854 (*Vie de Mgr. de Bonnechose*, por Mgr. Besson, tomo I, pág. 483).

(3) Carta de 9 de mayo de 1838 (Luis Veillot, *Correspondance*, tomo IV, pág. 21).

sagró, en efecto, con la más sincera valentía, aunque bajo una forma inusitada hasta entonces.

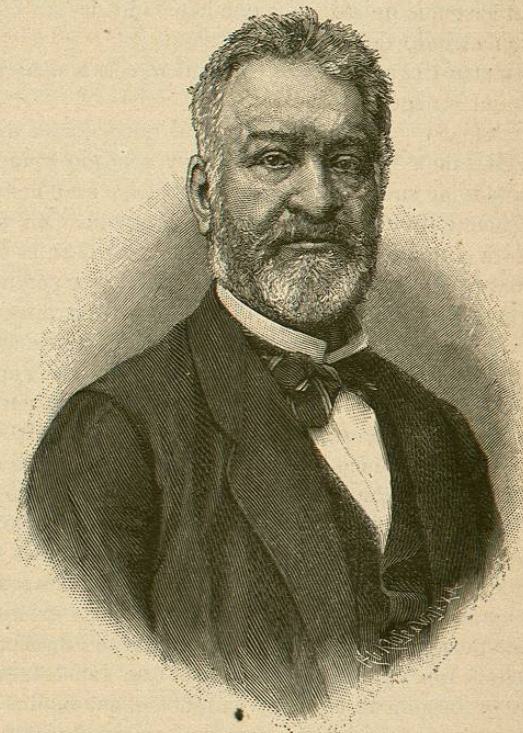
Al principio del Imperio, Veillot llevaba diez años de redactor en jefe del *Universo*. Había inaugurado para los católicos una actitud nueva. A principios del siglo XIX, nuestros padres habían reanudado sus prácticas religiosas con devoción, pero con timidez, como si la sonrisa de Voltaire aún les hubiese perseguido: no sólo no salían de sus templos, sino que de buena gana los hubieran reducido á las proporciones de aquellos misteriosos oratorios en que durante la Revolución celebraban su culto; con el pretexto de que el ruido no hace ningún bien y de que el bien no hace ruido, guardaban silencio al extremo de parecer que habían muerto: su humildad sabía á humillación. Montalembert, con la noble intrepidez de su gran corazón, había emprendido ya, desde 1830, una campaña de más ardimiento y osadía de espíritu. Lo que era altivez en Montalembert era provocación en Veillot. Este confesó su fe sin respetos humanos y como en una especie de reto. «Italia me ha hecho católico,» escribió en cierta ocasión. A sus ojos, Italia era Roma y Roma era el papa: fué ultramontano y lo fué con ostentación. Los calificativos más impopulares, en vez de asustarlo, lo atraían. «*El Universo*, decía él, es en la prensa lo que los jesuitas en la Iglesia.» Defendía la Iglesia en conjunto, en sus dogmas, en su historia, en sus ministros, y si en algún punto la apología difícil parecía abandonada, allí afluí su numen formado de paradojas y abnegación. Se complacía en romper todos los moldes modernos. Un día, en 1851, como le hubiesen puesto en candidatura para la Asamblea legislativa, contestó con estas palabras desdenosas: «No pertenezco á ningún partido; no quisiera entrar en la Cámara más que como *sacristán* (1).» Esta frase pinta bien el carácter particular de su humildad y quizá también de su orgullo: para defender á la Iglesia hubiera desempeñado cualquier papel.

Tan singular actitud necesitaba más talento que audacia, y el talento de Veillot era considerable. Instintivamente había penetrado en los secretos de la lengua francesa. En su mano este maravilloso instrumento daba todos los sonidos, interpretaba todos los matices, se amoldaba á todas las impresiones de la cólera y del desprecio, de la tristeza ó de la ironía. Había nacido escritor, y lo comprendía tan bien que su pluma llenó siempre sus ambiciones. De numen original, espontáneo y franco, era uno de esos privilegiados cuya fecundidad produce sin agotarse nunca. De palabra libre con su poco de realismo, se hubiera extralimitado en su libertad si sus escrúpulos ó los de sus lectores no le hubiesen puesto freno. Más incisivo que mesurado, más vigoroso que elegante, á veces caía en la vulgaridad; pero aun esta vulgaridad era uno de sus artificios para impresionar los espíritus. Por la profundidad del pensamiento recordaba á La Bruyère; por el giro imprevisto del lenguaje, por la poderosa exageración de las proporciones, hacía pensar en Rabelais. A veces el alma del gran periodista se enternecía. Ora para elogiar á los seres queridos que arrebatada la muerte, ora para expresar sus inquietudes ó sus goces, encontraba acen-

(1) Carta de 25 de mayo de 1851 (*Correspondance*, tomo IV, página 316).

tos de una ternura emocionante ó de una sublimidad incomparable. Su estilo aparecía entonces lleno de delicadezas y su pensamiento se manifestaba con una gracia encantadora. Pero estas ternuras eran fugaces. Pronto recaía en su habitual cuidado, que consistía en sorprender el lado flaco de su adversario para abatirlo y usar sin piedad de la victoria.

Lo más extraordinario es que aquel talento, libre hasta la licencia, pudiese adaptarse al partido católico. Se habían visto escritores de su temple, pero antirreligiosos, ó cuando menos escépticos. Por un extraño contraste, el más impetuoso de los polemistas era también el más creyente de los fieles. Pero las aceradas flechas lanza-



Luis Veillot

das de la sacristía caían como lluvia sobre el campo enemigo y se perdían á veces en los linderos. El rudo adversario tenía odios vigorosos y tenía muchos. Odiaba á todos los detractores de su fe, les odiaba sin tregua y sin piedad. Odiaba á los neutrales, á los indiferentes, á los eclécticos. Odiaba ciertas tendencias, el egoísmo burgués, la gravedad universitaria, el formalismo parlamentario. Sus desconfianzas se extendían á todos los que, aun dentro del catolicismo, le parecían de ortodoxia sospechosa ó de celo entibiado: para éstos reservaba algunos de sus dardos más afilados; y como se trataba de antiguos amigos cuyos puntos flacos conocía, no dejaba de herirles en lo más vivo.

Al cabo de diez años de periodismo, Veillot tenía su partido, sus clientes fieles, casi sus fanáticos. Los más importantes eran los miembros del clero rural, que estaba casi enteramente de su parte. Todo lo que éstos odiaban Veillot lo combatía. Todas las tiranías, grandes ó pequeñas, que habían soportado sin atreverse á sacudirlas, el director del *Universo* las abatía bajo el ridículo y el desprecio. Veillot les surtía de ingenio, de argumentos, de literatura, hasta de teología, con una

generosidad sin límites. A esa comunidad de antipatías y odios se unía otro atractivo. Cuando, durante el régimen de Julio, los curas de los pueblos recibían las circulares ó los folletos de Montalembert, se sentían tan intimidados como satisfechos. El altivo lenguaje del noble tribuno les mantenía siempre algo distanciados y á menudo era apenas comprendido por ellos. El *Universo* era otra cosa. En él encontraban el lenguaje popular que les gustaba, un estilo franco y vivo, agudezas nunca demasiado refinadas, vigorosos croquis de un parecido tan grande que en ellos reconocían, rasgo por rasgo, á sus adversarios; algo de democrático y devoto, de virulento y grosero, y arrebatos de fe que les encantaban. Veuillot sabía muy bien dónde residía su fuerza: «Son los curas de aldea los que han fundado *El Universo*,» escribía en 1854; y era verdad (1).

Ese tono agresivo tuvo, sin embargo, sus peligros. He aquí los principales.

Había dos hombres en Veuillot: un cristiano muy humilde, muy digno de respeto, muy aplicado á practicar todas las virtudes, incluso la caridad, y un polemista ardiente, que no veía más que la guerra. Con frecuencia, en medio de los discursos más edificantes del cristiano, el polemista entraba en liza y abría paréntesis que el cristiano se olvidaba de cerrar. La antigua apología cristiana, tan cortés como grave, había sido substituída por el reto. La excusa estaba en que la apología se leería poco, mientras que el artículo de periódico llegaría á manos de todos. El artículo era leído, en efecto, pero producía frutos distintos de los que se esperaban: encantaba á los fogosos, pero corría el riesgo de entristecer á los débiles y á los indecisos, que se apartaban para no volver. Conocidas son esas catedrales tolosinas ó albigenses, adornadas en el interior con todas las delicadezas del arte gótico, pero erizadas exteriormente de torres formidables y hechas tanto ó más para la batalla que para la piedad. Diríase que Veuillot construyó á imagen de aquellos extraños monumentos la Iglesia por él soñada: en el interior, un pueblo selecto, celoso y fiel, rinde á Dios homenajes sinceros y ardientes: en las murallas, valientes paladines espían el horizonte, prontos á aplastar con sus bombardas, no sólo á los enemigos, sino también á los neutrales y á todos aquellos cuyo estandarte adquirirá matices inciertos ó dudosos. El templo tiene sus devotos, cuidadosamente escogidos; pero está cerrada la puerta y se abre con tales condiciones que ya nadie se atreve á llamar.

A este peligro de la intolerancia se unía el de una intervención cotidiana en asuntos substraídos hasta entonces al juicio de la prensa. *El Universo*, ese humilde servidor de la Iglesia, tenía temeridades que contrastaban mucho con su sumisión. Discutía lo que el periodismo católico no había discutido jamás, á saber, los actos de los obispos, sus tendencias y su gobierno interior. La facultad del elogio implicaba la facultad contraria, y de esta última se usaba libremente respecto á viejos sacerdotes, modelos de virtudes, pero sospechosos de galicanismo. Acostumbróse poco á poco á distinguir los buenos obispos, que eran cada vez más numerosos, de... los demás, que sin duda no eran malos, pero que se procuraba aislar. Bajo las formas de la ve-

(1) *Correspondance*, tomo I, pág. 455.

neración se ocultaba la fiscalización, la vigilancia, una especie de patronato que tenía trazas de dominación. Varios prelados lo comprendían y se mostraban quejosos.

Lo peor era que Veuillot podía crear una escuela á imagen, no de sus eminentes cualidades, sino de sus defectos.

Imagínese el lector aquellas rectorías ó vicarías rurales en que *El Universo* era esperado como un huésped querido, siendo á menudo la única distracción de la existencia cotidiana. El artículo era leído y releído y prestado luego á un compañero demasiado pobre para adquirirlo de primera mano. Lo mismo pasaba el día siguiente y ello se repetía todos los días del año. Sabido es el efecto de una lectura casi única, repetida con regularidad, lentamente asimilada en el aislamiento. Poco á poco el cura se amoldaba al periodista, se le pegaba su tono y sin querer reproducía sus fórmulas hasta en el púlpito. Lo que en el periódico era exageración de libelista resonaba de un modo extraño en labios hechos para orar y bendecir. Como en la vida de aquellos humildes curas de aldea los disgustos y las decepciones á menudo eran mayores que sus alegrías, lo que más gustaba y se copiaba mejor eran las agresiones ó las violencias. Además, todas las imitaciones se parecen; siendo el imitador incapaz de reproducir el modelo, cree acercarse á él exagerándolo. «Echo vinagre en mi tinta, pero no veneno (2),» dijo Luis Veuillot. En cuanto al veneno, los respetables curas eran incapaces de añadirlo; pero añadían vinagre, como esos campesinos que creen aumentar la eficacia de los medicamentos doblando la dosis del médico. El resultado era extraordinario, pero de tal naturaleza que el alma sana y recta del gran libelista lo hubiera repudiado. Hombres excelentes, reservados por piedad, pacíficos por naturaleza y por estado, modestos por ignorancia del mundo y de la vida, despojaban su carácter y se revestían de violencia como de una armadura mal adaptada á su cuerpo y á sus manos. Así se formaba en las rectorías de los pueblos, en las vicarías de las aldeas, en ciertos seminarios, en ciertos grupos católicos, una escuela audaz, aunque en el fondo algo segura de sí misma, arrogante é inexperta, intolerante más bien de palabra que de corazón, altiva é insuficiente, que maldecía en masa al siglo y á los contemporáneos. La humildad cristiana, siempre dominante en el fondo de las almas, daba á veces á esas temeridades un fin inesperado: por escrúpulo, las provocaciones paraban de pronto: la agresión se intimidaba al extremo de retroceder. Pero esos retrocesos mismos, lejos de atenuar el mal, lo agravaban, pues los enemigos de la Iglesia, después de haber triunfado de la intolerancia de sus adversarios, triunfaban por segunda vez de su pretendida debilidad.

Esos peligros no se manifestaron de pronto. Pero á principios del Imperio se hicieron muy visibles, y entonces fué cuando un grupo de católicos se propuso señalarlos.

Estos eran antiguos aliados de Veuillot, con quien habían combatido por la libertad de enseñanza. Votada la ley de 1850, cesó la alianza sin ceder todavía el puesto á la hostilidad. Pero los disonamientos eran dema-

(2) *Mélanges*, 3.^a serie, tomo III, pág. 293.

siado profundos para que no estallase tarde ó temprano la división. Estos católicos tenían también su programa, programa tan diferente del otro que la similitud de fe dogmática parecía el único punto común. Como vivían en su siglo y lo amaban, habían concebido la generosa idea de conducirlo á la Iglesia, aunque la Iglesia, salvando siempre sus principios, tuviese que dar algunos pasos hacia él. «Sin pensar gran bien de la sociedad moderna, escribía uno de ellos, creo que Nuestro Señor puede sentarse á su banquete como al del peajero y á las bodas de Caná (1).» Como habían crecido bajo regímenes libres, no se creían obligados á reprobarlos y sobre todo no pensaban que la afición á la servidumbre pudiese ser una condición de la virtud. En sus ideas más fluctuantes que precisas, y generalizadas de intento para no apartar á nadie, hubiera sido fácil descubrir errores, é ilusiones, sobre todo; y estas mismas ilusiones tenían un origen tan generoso que no puede perjudicar á su memoria. Dichos católicos eran de procedencia, de estado y de fortunas diversas, pero les unía el mismo propósito de aclimatar su fe en el tiempo nuevo. Conocemos ya al más grande de ellos, que era Montalembert. A su lado aparece Lacordaire, el amigo de su juventud, aunque muy diferente de él; liberal, pero tan pronto con un matiz democrático como con una especie de solemnidad clásica; Lacordaire, de elocuencia desigual, pero sublime muchas veces; de estilo forzado, pero grandioso; de maneras graves y de corazón tierno hasta la pasión; Lacordaire, que había guardado en el fondo algunas huellas de Lamennais su maestro, humilde y santo con rasgos altivos, sumiso, pero con rebeliones inmediatamente reprimidas bajo la penitencia más austera; vibrante, aunque siempre contenido; febril, aunque siempre puro. Poco menos que á la altura de esos dos grandes hombres se dibuja una fisonomía fácil de reconocer, la de monseñor Dupanloup, obispo de Orléans, generoso también, aunque con menos abandono, de espíritu perseverante é intrépido, activo como nadie, maravillosamente propio para asimilarse sus propios estudios y sobre todo para utilizar el trabajo ajeno, casi siempre dueño de sí mismo, aunque arrebatado á veces, resuelto con algo de imperioso y dominante. En el mismo rango se destaca el Sr. de Falloux, que adquirió súbitamente gran celebridad en 1849 merced á su corto y fecundo ministerio, hábil, animoso, lleno de ideas políticas, católico, pero no de un modo exclusivo, pues le preocupa también el partido legitimista al que aspira á servir de consejero. En último término, algo eclipsados por sus ilustres amigos, aparecen los más noveles del grupo. El uno, de gran estirpe literaria, de talento ya maduro, de alma activa y austera, de fe sincera, pero más ligado por su cuna á las tradiciones parlamentarias que á las tradiciones católicas, parece vacilar un poco en penetrar en el templo: este es el príncipe Alberto de Broglie. El otro, el señor Cochin, es el más joven y, como tal, el más querido de todos: él personifica el desinterés que no calcula jamás, el espíritu más sutil unido á la bondad más tierna, la elocuencia familiar y elevada, jovial y sentida, la actividad que se entrega sin descanso y abre los manantiales

(1) Carta del príncipe de Broglie á madama Swetchine, 9 de noviembre de 1852.

de la vida: la recompensa (al menos la de este mundo) no coronará su existencia demasiado corta, y esparcirá en la penumbra, en medio de bendiciones oscuras, los tesoros de un alma digna de los más altos destinos.

Tal es el grupo de los que, por una designación mal interpretada más tarde, se llamarán *católicos liberales*. En torno de ellos figuran hombres de menos nombradía, tales como Lenormant y Foisset, y aliados de lance, como el ilustre Ozanam mortalmente enfermo, Sauzet, Melín y Corcelles. A distancia, retenido por la doble reserva de su carácter y de su Orden, el muy santo padre Ravignán sigue con benévolo y tiernos ojos á aquellos nobles soldados de Cristo. En tanto ellos, fiados en su rectitud y en su mutua amistad, se estimulan en la continuación de su obra. Pero no la continúan sin alguna regresión no exenta de tristeza. Algunos presienten que la era democrática que empieza desdeñará sobre todo los matices, que serán abrumados por el rudo peso de las objeciones contrarias, que serán más respetados que influyentes, que su acción se ejercerá menos sobre el país que sobre un salón ampliado: de ahí ciertas dudas, pero que se comunican apenas y que no alteran el ardor común.

Entre las dos fracciones del partido católico, el golpe de Estado había consumado la separación. Veuillot celebró ruidosamente la política triunfante, elogió «al hombre sencillo y bueno... al gran hombre que había restablecido al vicario de Jesucristo en su trono,» burlóse de «las penas del liberalismo... y el mezquino menosprecio de los parlamentarios,» y encontró en esa evolución el asentimiento casi unánime del clero.

Muy distinta fué la actitud de los católicos liberales, ó violentamente hostiles como el padre Lacordaire, ó contrarios como el Sr. de Falloux, ó prudentemente reservados como monseñor Dupanloup. El mismo Montalembert, después de una corta adhesión á la política del 2 de diciembre, había retrocedido vivamente á la proclamación del Imperio y escrito sobre los *Intereses católicos en el siglo XIX* un libro en que condenaba á «los aventureros de pluma que se divierten sobre la tumba provisional de la libertad,» denunciaba con desprecio á los que él llamaba «los Thiersitas del campo victorioso» y se pasaba para siempre al campo de los vencidos.

Sobrevino un incidente, muy mínimo en sí, pero que, en el silencio de la política, preocupó mucho á los ánimos y acentuó la ruptura entre los católicos.

Dueño del clero, muy influyente en el episcopado, asegurado por su adhesión calurosa contra las censuras gubernamentales, el redactor en jefe del *Universo* reprimía cada vez menos su facundia y distribuía sus burles á dosis casi iguales entre los enemigos de la Iglesia y los que, dentro de la Iglesia, mostraban más ó menos tibieza. Le gustaba sobre todo sostener tesis más paradójicas que piadosas, y hubiera querido imponerlas como dogmas. A fines de 1852, un canónigo de la diócesis de Orléans criticó vivamente, desde el punto de vista teológico, una obra de Donoso Cortés, embajador de España, personaje muy eminente, de alta virtud, de gran piedad y muy amigo de Veuillot. Este tomó la pluma y criticó á su vez las críticas del canónigo. Consagró á esta ejecución cinco artículos, al cabo de los cuales abandonó al pobre canónigo, reprochándole, co-